

Solo ganando puedes salir de aquí, te dice una vieja que vende zapatos vivos, seres que se nutren del sudor de la planta del pie, la publicidad centrada en los masajes provocados por sus múltiples dedos chiquititos, blandos.

Le sonrías y te alejas de ella y del mercado y de la iglesia de las nueve diosas para penetrar el bosque.

Debe haber otra manera, piensas. Otra manera de escapar.

Hace rato te comiste unos fideos de soba hervidos en el caldo de la desmotivación. Pero no te acuerdas o no sabes. Te habían dicho: estudia los sabores del fracaso. Andabas muy confiada cuando te inscribiste en Tosca, juego virtual comparado con Matrix. Entrenamiento físico para ejercer fuerza mental. Deporte, artes marciales, historia universal, botánica, gastronomía, preparación en todos las áreas posibles, requeridas para sobrevivir Tosca, identificar las trampas, como el saborcito raro que confundiste con una hierba en el platillo japonés. Aquí, en Tosca, comiste soba en unas hojas inmensas que ejercían como platos, y allá, en la Tierra, comiste por una sonda, tu cuerpo acostado en una caja acolchonada, comparable a un sarcófago tecnológico, una computadora que te abraza y te lleva, en una virtualidad tan cercana a la física, que el mayor peligro del juego, te lo dicen, te lo escriben, es mezclar la realidad con la ficción, la Tierra con Tosca.

He leído tantos libros de Tosca que lo puedo recorrer con ojos cerrados, dijiste sin haber siquiera metido un pie virtual en el tablero.

Vas a salir loca de ahí, te dijo tu mamá. ¿No viste lo que le pasó al muchacho Flores el año pasado, vecinito de tu tía Laura? Ya no sale de su cuarto.

Ay, no sé cómo te atreves, te dijeron tus amigas.

Regresa pronto, te dijo tu hermano.

Estudia más, te dijo tu ex.

Tu ex. Tu compañero de entrenamientos. Habían hecho el plan de inscribirse juntos, de unir talentos para combatir la monarquía de Tosca, única manera de ganar.

Según tú experta en reglas del juego, y te estás yendo de la relación sin respetar ninguna regla humana, te escribió. Me dejas en la miseria de tu silencio. ¿Ya se te olvidó lo que me dijiste, embarrados en las cuatro cobijas bajo el castaño de quinientos años, amarrados de brazos, piernas, raíces, lenguas? ¿Todo era falso? ¿Cuando me dijiste que nuestro flujo era el mismo, los dos en la falda de la cascada, sumergidos en las caricias violentas de las corrientes de agua y de musgo? ¿Me dejas como si te hubieras muerto, en un duelo incomprensible?

Cómo hablar de la muerte con él. Cómo conversar con un narcisista que domina el lenguaje. Te toma las palabras, las actuales, las antiguas, las que dijiste hace años, las que dijiste en otro momento, las que salieron repentinas, las secretas y las públicas, y las esculpe a su favor en forma de espaditas para lanzártelas a los ojos. Primordial dejarte ciega. Primordial para facilitar su manipulación, acariciarte de la cabeza a las nalgas y decirte no te preocupes, aquí estoy, somos dos ahogados recuperándonos en un mismo barco. Y entonces te sientes débil y acompañada, y él se siente fuerte en tu debilidad y débil y cómodo cuando te recuperas y le dices que tú estás ahí para él, que te perdona por haberlo hecho sufrir con tu existencia.

Prefieres estar perdida, sola, sedienta, atrapada en un mundo virtual sin límites, a estar en la realidad en un juego donde eres un animal de circo en el cerebro de tu ex y en su extensión al tuyo.

¿Cómo cortar esa fusión que alimentaste por años? ¿Esa ficción mezclada a la realidad, ficción de terror adornada de la brillantina del sexo y de la carne jugosa de sus palabras?

Un ruido en el bosque te regresa del pasado al presente, de un pedazo de ficción en la Tierra a la ficción de Tosca. ¿Qué escuchas? ¿Un ciervo? ¿Un humano con patas de caballo? Cortas las ramas que te separan del galope con las navajas de tus uñas. Quisiste jugar porque te fascinó el concepto. Un mundo donde la muerte no existe. Los jeans que traes puestos respiran, el sostén, el calzón, la blusa, los calcetines. Las ramas amputadas se convierten en serpientes. Transformación instantánea sin velatorios, ciclos acelerados.

En vez del animal, tras las ramas, encuentras un hueco, un resbaladero iluminado. ¿Qué pierdes al tirarte? ¿Quedar atrapada en un pozo donde la muerte no puede salvarte? La reflexión exagerada te lleva al fracaso: primera oración en el libro de consejos del mundo de Tosca.

El deslice dura, perdura, te da tiempo de pensar que, si el resbaladero está vivo, probablemente es la boca de un monstruo y vas camino a los gases y al infierno de su estómago. No, no es un esófago, el agua a donde caes está fresca, tiene corriente, te dejas llevar y abres los ojos a árboles rojos y naranjas, las hojas son seres interactuando, hablan el idioma del viento y cuando se rozan ríen, centelleos de carcajaditas.

El agua fría te quita los efectos del caldo. Ahora lo entiendes, algún contrincante te dio el veneno. ¿La vieja vendedora de zapatos? ¿La puberta que bailaba sola en el restaurante? ¿El cocinero, el que te contó de su vida en la Tierra? No, él no puede ser. Sentiste una empatía con él como no habías sentido en todo el juego. Hablaron del duelo. Él por su hermano, tú por tu papá. Una empatía que a lo mejor todos tienen aquí, en este juego sin muerte. Mientras sales del agua a una arena esponjosa, piensas:

Necesito escribir, poner mis ideas en claro.

Las partes donde te apoyas, la arena cambia al color y al olor de la lavanda. Con tu uña navaja, escribes sobre la arena. Las frases, al tomar sentido, se hinchan y se encarnan en hormigas asustadas, huyendo de ti, destruyendo tus palabras. Las hormigas, después de segundos de deambular desconcertadas, se toquetean, se forman e inician su hormiguero. Observas su organización, sus cuerpos como herramientas, sus cuerpos como miembros de un cuerpo grande, flexible, cerebros conectados. Es eso lo que necesitas. Unirte con tus contrincantes, formar una sola fuerza contra la reina.

¿Cómo despertar la empatía de los demás? ¿Cómo escribirles? Palabra hablada, piensas. Cantada. Comes entonces pájaros para tomar su talento y empiezas, poco a poco, a escribir mentalmente tu canción. Caminar te activa la cabeza. La excursión la haces, por soles morados y lunas azules, hacia el punto más alto de Tosca, hacia la joroba de un camello gigante.

Después de una noche de tarareo, ves, a lo lejos, el nacimiento de un sol verde. La señal que esperabas. Aspiras el rocío del paisaje y lo expiras en el canto, en la melodía de las decenas de pájaros que masticaste.

Tu himno despierta a la gente. Imposible controlar la recepción de tus palabras, entes vivos, independientes de ti, se transforman, dependiendo de las orejas que las reciben, en ratas o en ángeles. La revolución explota, a la reina le quieren cortar la cabeza, la reunión en la plaza frente a la iglesia de las nueve diosas, la masa humana convulsionada de determinación. Impactada, observas el espectáculo desde tu montaña, la señora voluntaria como verdugo, el acuerdo de la gente en gritos, la escisión, la cabeza rodando entre las personas, la sangre coagulándose, materializándose en alas enormes, rojas, vivas. En el público la quieren atrapar, pero la cabeza de la reina ya está volando hasta la cima del artiodáctilo, hacia ti, y te da el beso que te regresa a la Tierra.